

donde resuena el Verbo de la democracia; con el rayo de los dioses antiguos apagado en sus aras; con las cadenas del siervo pendientes de aquellas paredes sacrosantas; con el éter de todas las ideas en sus espacios; no puede sino sentir las esperanzas más optimistas y asociarse al *Te Deum* del progreso elevado allí por todo cuanto os rodea en mudo himno al Dios de la libertad. Y como el descubrimiento de América sea la obra capital de nuestra España, y al nombre hispano se hallen todos estos progresos unidos, no será mucho creer que, un día ya cercano, cuando los pueblos del Nuevo Mundo alcancen mayor conocimiento de todo cuanto deben á quienes les llevaron la moderna cultura, consagren una especie de culto religioso á la madre histórica suya, nuestra España, como hemos tenido que consagrar en el helenismo un culto á Grecia, y en el catolicismo un culto á Roma nosotros, fundados en que hicieron por todos los hombres cultos en el Viejo Mundo y en la antigua historia, lo mismo que los españoles hemos hecho, lo mismo, en la historia moderna por el Nuevo Mundo.

CAPÍTULO PRIMERO.

EXCEPCIONAL IMPORTANCIA DE COLÓN.

EVOCAMOS aquí ahora un hombre por todo extremo extraordinario, á quien pudiéramos denominar, en las riquezas adjetivas de nuestra lengua, hombre singularísimo; evocamos á Cristóbal Colón, quien aparece hoy á nuestros ojos en lo alto de la tierra por él invenida, cual en los cuadros litúrgicos el Eterno sobre toda su Creación. Cierto; habiendo encontrado y descubierto América, ni supo la importancia y extensión del hallazgo, ni quiso el hado ciego que le pudiera dar su nombre inmortal, prestado á la joven tierra por un dependiente suyo, por un piloto de orden secundario. Pero, en desquite de esto, deja entre sombras, por los segundos términos de la fama, fuera del altar suyo único, lejos de su gloria universal, á los demás descubridores y nautas, cuyos nombres las crónicas de los descubrimientos guardan en sus preciosos anales. El primer nómada que se apartó de los ríos y se internó en las arenas del desierto; la primera navecilla confiada por el atrevimiento humano á las ondas hirvientes; el explorador fenicio que recalara en Cartago; el taimado heleno, constreñido á huir de los escollos, contra cuyas estrías los esquifes se rompen, y á taparse ojos y oídos

para volver á la patria y no quedarse adscrito á los seguros puertos y á las rientes costas; el perseguido rebuscador del áureo vellón; todos cuantos, por medio de arriesgadas expediciones, han descubierto ignotos territorios ó comunicado entre sí apartadas gentes, permanecen allá en las penumbras del crepúsculo matutino, muy natural á los comienzos de las edades históricas; imaginarios y fabulosos seres, cual esos quiméricos evocados en los monumentos hidráulicos á la continua, cuyos humanos cuerpos terminan en colas de delfines y pasan por seres naturales ó verdaderos en la credulidad fácil de los pueblos prehistóricos. ¡Cuánta vaguedad en figuras, como las de Ulyses, Jason, Dido y cien otras, que representan en los infinitos horizontes del tiempo los primeros descubridores y los primeros descubrimientos, con la indecisión propia de unas edades, en cuyos senos concluyen por confundirse la poesía y la historia! Venido el descubridor por excelencia en tiempos de madurez para la razón humana y de reconciliaciones entre la naturaleza y el espíritu, en tiempos de renovación religiosa y científica, su persona se dibuja con delineamientos por tal modo matemáticos, y se tiñe de color tan claro, que no se confundirá con otra ninguna y no podrá eclipsarse tras los inciertos celajes, cuyos arreboles rodean otras personalidades históricas de primer orden, quienes, más infelices, no han rayado, con todos sus méritos, donde rayara Colón, y menos conseguido, cual éste consiguiera, un recuerdo y un reconocimiento universal. El paso por los estrechos que unen dos mares como el Atlántico y el Pacífico; la entrada en China de las Órdenes religiosas; los viajes por el África desde los tiempos del infante D. Enrique hasta los tiempos de Alburquerque; la invención del Cabo de Buena Esperanza; el desfloramiento de aguas fluviales como las formadas por los ríos Amazonas y Mississipí; la reintegración en el viejo mundo y en la vida nuestra de regiones como las Indias orientales, por tantos tiempos olvidadas, y á conjuros milagrosos como los de Gama, redivivas en la comunidad universal de los

pueblos; tantos y tantos milagrosos hechos no han obtenido, ni en la Historia, ni en la leyenda, ni en el Teatro, ni en el poema, la fervorosa y constante admiración prestada por todos al descubrimiento de América y á las incidencias múltiples que lo prepararon y lo produjeron en período tan excepcional y extraordinario. Yo atribuyo esta felicidad histórica de tamaño héroe al martirio suyo, mejor dicho, á la virtud y eficacia que para immortalizar lo deleznable y mortal guardan en sí las penas, que acaban á una con la vida de un día para granjearnos la vida eterna; pues sangre y lágrimas del martirio bautizan y aperciben para la eternidad. Aquel combate porfiadísimo del descubridor con las supersticiones antes de su invención milagrosa, y aquel otro después de su invención milagrosa con los propios yerros y las ajenas ingraticudes, hanle ceñido una corona tal de abrojos, que cada una de sus espinas, si mientras vivía le trituraban las sienas, después de muerto se han convertido en luminosos rayos de gloria. Bajo todos los altares debe haber siempre su respectivo sacrificio.

Los descubrimientos y los descubridores apenas ocupan en los panteones de la Historia el merecido lugar. Deslumbrados los cronistas por el espectáculo tormentoso de la guerra que mata, no han atendido al espectáculo tranquilo de la industria que vivifica. El combate precede al trabajo. Los nombres de Nino, de Sesostris, de Nabucodonosor, se oyen más en las edades que los nombres de aquellos bienhechores del género humano, por cuyos esfuerzos obtuvimos el imperio y dominación sobre la Naturaleza y la materia, tan rebeldes á nuestra voluntad y pensamiento. Imaginaos enredado el hombre primitivo, en una existencia casi vegetativa, con las raíces del mundo inferior inorgánico; sin fuego á su disposición todavía; sin medio ninguno de forjar y machacar el hierro; vestido con los filamentos de los árboles que le procuran las lianas de los bosques gigantescos; armado de un hacha conseguida con rozamientos que han dado á las piedras toscas filo; en el seno de cavernas

abiertas bajo las aguas y parecidas á la gruta por los castores cavada en sus rudimentarios instintos; forzado á comer, como las alimañas feroces, de la depredación feroz, á sus guerras eternas consiguiente; en una batalla sin término con los elementos airados y en una guerra sin tregua con todas las especies inferiores; imagináoslo así confundido con la naturaleza y apenas elevado un punto de las escalas animales; ayuntándose al acaso con su hembra; sin presentimiento siquiera de la posteridad; y decidme cuál gradería tendrá el trono de sus invenciones, cuando lo ha elevado desde semejantes miserias á eminencias, donde ha cogido en su puño el rayo tonante y prestado así á su palabra, como á su escritura, las tempestuosas alas del relámpago. La historia no ha recogido los nombres de los primeros inventores ni los actos de las primeras invenciones; y los ha recogido la poética leyenda, según hánselos dado á conocer las consejas orales, cuyo sentido, al pasar de labio en labio, se modifica y altera. El nombre de Prometeo, del Titán que roba su fuego á Júpiter, el fuego que no sabe procurarse ninguna otra especie más que la especie humana; ese mitho está mezclado á la invención de la llama del hogar, ó sea, del etéreo elemento, cuya luz nos esclarece y cuyo calor nos anima. La sabida leyenda, que pasa de mitología en mitología, leyenda personificada por Ceres, cuya hija, tan amada, tan bella, tan inocente, la diosa Proserpina, baja una parte del año al orco y asciende otra parte mejor al Olimpo, no enseña en el fondo sino que los hombres han inventado el trigo, sujeto á pasar de las tenebrosidades del surco bajo los hielos del invierno al brote de sus espigas en los calores de la primavera. Y el episodio bíblico de Noé, por la ciencia moderna encontrado, tal como se halla por los primeros capítulos del Génesis, en las leyendas orales de la Caldea, representa y significa la invención del vino. Así, cuantos quieran enterarse de lo que valen las grandes invenciones ó los inmortales descubridores en la tradición oral, no tienen más que dirigirse á cualquiera de los libros

en que la tradición oral se fija y se formula. Por ejemplo, la historia de los Patriarcas, desde la creación hasta el diluvio, apenas abraza una media docena de capítulos en el Génesis. Y á pesar de su brevedad narra las creaciones geológicas y las creaciones industriales. Dos genealogías, cuya raíz común está en Adán, se dividen, la una desde Caín y la otra desde Seth, bifurcándose luego en dos descendencias, ambas de inventores. La genealogía de Caín genera todos los grandes industriales hasta Tubal, en quien se inicia la edad verdadera del cobre; y la genealogía de Seth engendra los grandes agricultores hasta Noé mismo, en quien se inicia la edad verdadera del vino. De ningún modo la viña hubiese aparecido en el planeta sin que aquellos hombres tan fuertes domaran las alimañas indómitas y las uncieran al pesado yugo. Y no solamente se necesitó la sujeción de los animales al hombre, alcanzada tras tenaces resistencias; necesitóse forjar esos férreos instrumentos que hieren y abren el seno de nuestra madre la tierra, buscando en sus entrañas la vida universal. Examinad la descendencia de Caín y veréis cómo revela en sus primeros representantes todos los progresos del trabajo, á cuyo término coronará la espiga el trigo, brillará entre los pámpanos la uva, y los frutales ceñiránse con guirnaldas de olorosas flores y copia de sabrosos frutos. Henoch, hijo de Caín, edifica un hogar. Jarai fija la tienda, que llevaban en los hombros las tribus errantes, y trueca muchas especies bravas en domésticas. Tubal inventa las flautas, cuyos ecos acompañan el cántico de las aves y expiden las notas melodiosas del arte bajo los cielos y sobre las campiñas, amén de preparar, como Ceres, el hierro, y preparándolo, forjar el azadón que abre los hoyos y el arado que abre los surcos. Entonces ya comienza el mundo, redimido por tales grandiosos esfuerzos del trabajo, á entrar en las armonías del cultivo agrario. Y aparece la vida. No hay que dudarle, ha dado importancia grande la humanidad al descubrimiento del vino. Tras tantos siglos, después de haberse los cultos espiritualizado en